

REG

2/2022 (3) NOVIEMBRE - DICIEMBRE

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES
ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

ARTÍCULOS

CRISTÓBAL KAY	André Gunder Frank: «Unidad en la Diversidad» del Desarrollo del Subdesarrollo al Sistema Mundo	7
CARLES SORIANO CLEMENTE	La crisis sistémica y la crisis planetaria a la luz de la tasa decreciente de ganancia	25
H. C. F. MANSILLA	Los ensayos de actualización del marxismo y el peligro de justificar una tecnocracia autoritaria	49
RICHARD D. WOLFF	Inflación, Economía de Mercado y Guerra de Clases	71
RONALDO MUNCK	Sociología Global: Hacia un Paradigma Alternativo desde el Sur	83
ENRIQUE FERNÁNDEZ-VILAS	El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista	107
JOSÉ M ^a GARCÍA MARTÍNEZ	Systemic Metamorphosis in the 21st century	121

Inflación, Economía de Mercado y Guerra de Clases¹

Richard D. Wolff

Universidad de Massachusetts, Amherst.

Democracy at Work, Nueva York

Resumen: Richard D. Wolff realiza una caustica y sólida crítica contra la perspectiva convencional que presenta la inflación como un fenómeno natural del ajuste de la ley universal de la oferta y de la demanda. Nada más lejos de la realidad, detrás de la reciente subida de precios hay una guerra de clases y una economía dislocada de mercado a cuyos mandos de control se encuentra una minoría elitaria que pretende exprimir aún más a una ciudadanía hundida por la deuda y el ascenso meteórico de los tipos de interés. Wolff ofrece, además, una serie de alternativas políticas antiinflationarias que en el pasado estadounidense contuvieron la inflación y el aumento de la desigualdad.

Palabras clave: Inflación, Economía de Mercado, Desigualdad, Alternativas antiinflationarias.

Inflation, Market Economy, Inequality, Anti-inflationary Alternatives

Abstract: Richard D. Wolff carries out a caustic and solid critique against the conventional perspective that presents inflation as a natural phenomenon of the adjustment of the universal law of supply and demand. Nothing could be further from the truth, behind the recent rise in prices there is a class war and a dislocated market economy led by a minority elite that intends to further squeeze a citizenry sunk by debt and the meteoric rise of the interest rates. Wolff also offers a number of anti-inflationary policy alternatives recorded in US history that were able to reduce inflation and inequality.

Keywords: Inflation, Market Economy, Inequality, Anti-inflationary Alternatives.

DOI:<https://doi.org/10.6018/reg.554601>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

¹ Este artículo es un compendio de tres breves publicados en inglés por el profesor Richard D. Wolff en *Economy for All*, un proyecto de Independent Media Institute. Traducción José María García Martínez.

Detrás de una fachada de «política económica», está la guerra de clases

«La guerra de clases se esconde detrás de cómo muchos políticos, medios de comunicación de masas y académicos explican los problemas económicos que requieren las soluciones que ofrecen sus políticas»

A finales de julio de 2022, un asesor económico que trabaja para el Bank of America escribió un memorándum que fue filtrado. Hizo francamente explícito el sentido común de toda la vida entre espabilados asesores económicos: aquellas «políticas económicas» debatidas entre políticos, economistas, y sumisos medios de comunicación operan a dos niveles diferentes. En el nivel público, los debates suelen basarse en las necesidades que requiere el sistema económico con el fin de arreglar los problemas que lo afectan. Sin embargo, estos debates se parecen a aquella expresión «estamos en esto juntos» que nos recuerdan las poesías de las tarjetas de felicitación. Porque, realmente, en otro nivel, el privado, los expertos debaten acerca de cómo el gobierno debería responder a los problemas económicos de forma que impulse los beneficios de los empresarios incluso a costa de los empleados o de la población. Estos iniciados expresan sus soluciones preferidas en un término perfectamente neutral: «políticas».

La inflación, ese «problema» que tortura a las economías capitalistas en estos días, nos ofrece el primer ejemplo de este tipo de políticas. La inflación es un aumento generalizado de los precios. Los empresarios, no los empleados, deciden los precios a cobrar por cualquier bien o servicio que el trabajo de sus empleados produce. Los empresarios son como mucho un 1 por 100 de la población mientras que los empleados y sus familias constituyen la mayoría del 99 por ciento restante. Ese 1 por ciento no enfrenta ninguna responsabilidad por el otro 99 por ciento de la población. La inflación tiene un impacto directo -reduce- los estándares de vida del 99 por ciento. Las únicas excepciones son aquellos empleados con la capacidad de elevar sus sueldos o salarios al menos tan rápido como la inflación eleva los precios. Sin embargo, estos constituyen una minúscula minoría de los empleados en general, también justo ahora, durante la inflación que afecta a Estados Unidos en 2022. Si la inflación eleva los precios más rápido o más que los salarios, eso representa una redistribución de ingreso y riqueza hacia arriba, desde los empleados a los empresarios. Dicho más claramente, elevar o proteger los beneficios motiva estas decisiones de decidir los precios por parte de los empresarios. De forma indirecta, la inflación tiene un impacto profundo en las sociedades que la sufren, pese a que ningún proceso democrático determina dónde, cuándo o cómo las decisiones de los empresarios para inflar los precios llevan a estas consecuencias. En el capitalismo moderno, la inflación nos revela la lucha de clases en la economía. Opera sin los límites que la democracia formal (las elecciones) impone en la política.

La expansión cuantitativa (QE) fue recitada por la Secretaria del Tesoro Janet Yellen, repitiendo lo que el jefe de la Reserva Federal Jerome Powell dijo mientras ofrecía unas políticas para solucionar la recesión. Esta frase tan técnica simplemente se refería a la

particular política económica de la Reserva Federal de ralentizar o detener la aguda recesión económica que empezó en 2020 y fue agravada por la pandemia de COVID-19. Esa política de la Reserva Federal creó una gran cantidad de dinero que proporcionó, mediante préstamos y compra de valores, a grandes bancos y otras importantes instituciones financieras. Para ser claro en esto, la Reserva Federal creó enormes recursos monetarios disponibles para algunos de los más grandes y ricos empresarios financieros. El objetivo declarado era estimular «la economía». La FED esperaba que los empresarios financieros a los que enriqueció encontrarían una oportunidad de negocio en usar este dinero para hacer préstamos a empresarios no financieros, quienes entonces podrían contratar trabajadores desempleados. Es evidente que la QE favorece a la clase empresarial. Funciona ante todo para enriquecer al 1 por ciento de empresarios más destacados y se sostiene sobre la «esperanza» de que las ganancias de estos últimos goteen al 99 por ciento restante. Sin embargo, este dinero fresco no se proporciona a la gran mayoría de trabajadores y trabajadoras con la esperanza de que lo gasten, generando de este modo ventas y beneficios para los empresarios.

Contra la inflación -el otro flagelo de la inestabilidad del capitalismo- la política preferida de la Reserva Federal se revierte convirtiéndose en restricción cuantitativa (QT). Esta política reduce la cantidad de dinero en circulación y eleva los tipos de interés. Para este fin, la FED vende valores principalmente a las principales instituciones financieras (induciéndolas a comprar cobrándoles precios atractivamente bajos por estos valores). Estas grandes instituciones financieras transfieren entonces estas tasas más elevadas (además de un sobreprecio para sus propios beneficios) a sus clientes (individuos y negocios). Dicho brevemente, los mayores agentes financieros se benefician de la política de la FED mientras cargan sus costes sobre las espaldas de los agentes económicos más pequeños a los que suministran los préstamos. Esta política favorece a los agentes financieros más grandes y simplemente se «espera» que los préstamos más costosos tendrán un efecto disuasorio para los prestatarios, que entonces demandarán menores bienes y servicios y así «inducirán» a los vendedores a inflar menos sus precios. Esta política económica, de manera inmediata transmite ventajas en efectivo a los empresarios más grandes, especialmente a las corporaciones financieras y a los más ricos entre todos los individuos y negocios. La razón es porque unos mayores costes de interés son una carga más pesada, y un riesgo mayor, cuanto menor es el tamaño del negocio o de la riqueza de un individuo.

Y sin embargo, las inflaciones pueden y han sido reducidas a lo largo de la historia reciente de otras formas menos favorables al capital. Así, por ejemplo, las congelaciones de precios y salarios llevadas a cabo por el presidente Richard M. Nixon en agosto de 1971 constituyen una base política antiinflacionaria alternativa. Asimismo, el racionamiento puede reemplazar a los mercados como una forma de detener la inflación. También el presidente Franklin D. Roosevelt usó el racionamiento en los inicios de la década de 1940 como estrategia antiinflacionaria. Pero, precisamente porque estas políticas son menos favorables a la clase de empresarios, casi nunca son utilizadas. El dudoso logro de la administración del presidente Joe Biden (con la complicidad del Partido Republicano) ha

sido hablar y actuar como si la QT fuera la única política que existe para luchar contra la inflación. La retórica de Yellen y Biden sobre la «preocupación» por las desigualdades de ingresos y riqueza podría haber sido más incisiva con una congelación de los precios combinada con aumentos de salarios; políticas que habrían reducido realmente las desigualdades. Esto podría haber sido una política antiinflacionaria cumpliendo una doble obligación, revirtiendo más que exacerbando las desigualdades que existen.

Las políticas fiscales funcionan de forma similar a las políticas monetarias en términos del favoritismo de clase. Cuando la recesión es el problema, la política fiscal expansiva – por ejemplo, el aumento del gasto del gobierno- normalmente favorece el gasto en infraestructura, defensa, y otros objetivos, donde se sitúan las grandes empresas capitalistas. El gasto del gobierno para moderar una recesión entonces fluye antes de nada hacia las manos de los empresarios más grandes. Ellos usarán, entonces, ese dinero del mismo modo como lo hacen con todo su capital e ingresos, a saber: minimizar los costes del trabajo, entre otros, con el objetivo de quedarse con el máximo beneficio y fondos para la acumulación de capital. Sólo cuando se convierte en políticamente inevitable, el gasto del gobierno sorteará a los empresarios y se dirigirá directamente a las manos de la clase de empleados y empleadas. En general, los «pagos por transferencias» o «derechos a prestaciones» encuentran la mayor resistencia, retrasos, impagos o reducciones, como resultado de las presiones de la clase empresarial. Así, por ejemplo, los extraordinarios gastos del gobierno en 2020 y 2021 destinados a complementar el seguro de desempleo y la asistencia masiva debidos a los cierres de COVID-19 se detuvieron o ralentizaron, mientras los gastos masivos en infraestructura y «subsidijs para chips» para los empresarios continuaron elevándose. De manera similar, cuando las políticas fiscales contra la recesión conllevan recortes de impuestos, la historia muestra que los impuestos a las corporaciones y a los ricos terminan siendo recortados de una forma desproporcionada. Definitivamente, los recortes de impuestos masivos bajo el anterior presidente Donald Trump a finales de 2017 siguieron este patrón.

La guerra de clases se encuentra detrás de cómo muchos políticos, medios de comunicación, y académicos explican los problemas económicos que requieren las soluciones que sus políticas ofrecen. Por ejemplo, los típicos análisis durante la inflación de 2022, cuando se convirtió en un asunto de interés público en Estados Unidos y más allá. Los precios se elevaron, nos decían, ya que la demanda ha crecido (por el gasto aplazado por la pandemia) y la oferta había caído (debido a la interrupción de las cadenas de suministro). Los conservadores pusieron el acento en el lado de la demanda: enormes estímulos fiscales respondiendo al COVID-19 (cheques de gobierno y pagos en efectivo adicionales para el desempleo) que podrían ser financiados por los déficits presupuestarios. Los progresistas, por el contrario, enfatizaron las interrupciones en las cadenas de suministro (atribuidas a, digamos, las políticas de confinamiento en China como las realizadas durante COVID-19 y la invasión rusa de Ucrania). Es notable cómo ambas posiciones políticas eliminaron hábilmente de sus respectivos análisis los aumentos de precio impulsados por la búsqueda de beneficios de los empresarios.

Además, las decisiones de los empresarios juegan un papel clave en los procesos de inflación en el capitalismo moderno. Cuando aumenta la demanda (por cualquier razón), la mayoría de los empresarios saben que ellos tienen una decisión que tomar. Ellos pueden ordenar más bienes y servicios que producir y vender para cubrir la demanda en aumento, o bien pueden elevar los precios de los bienes y servicios que ya tienen. Cualquiera que sea la combinación de precios más elevados y disponibilidad de más productos que elijan, su elección estará determinada por lo que juzguen como el procedimiento que asegura más beneficios. De hecho, sus decisiones en 2022 produjeron una gran inflación en Estados Unidos y más allá. Además, la gran mayoría de debates en los medios convencionales, políticos y académicos sobre inflación evitaron mencionar, no digamos analizar, cómo las elecciones de los empresarios motivadas por el beneficio condujeron a la inflación. La competitividad entre capitalistas crea incentivos para las empresas para acumular un porcentaje significativo del mercado. Las empresas con esta participación, y el poder de decidir los precios que esto a menudo comporta, les hará elegir los aumentos de precios como la vía de acción que les reporta mayores beneficios. Y, si este es el caso, entonces la inflación está causada en parte por las elecciones del espíritu empresarial motivadas por el afán de lucro. Sin la menor duda, evitar esta conclusión era, de forma consciente o no, un componente clave de los debates de la política contra la inflación durante todo el año 2022. Esto es así porque la clase política y los niveladores de opinión, de una forma tan estrafalaria, se mantienen prudentemente al margen de las decisiones de los empresarios, presentándolos como agentes que carecen de la posibilidad de elección y por tanto absueltos de toda responsabilidad en relación con la inflación.

Los interminables debates, por el contrario, se centran en elevar o reducir impuestos o el gasto del gobierno como formas de contrarrestar las recesiones o la inflación. Raramente abordan la discusión sobre qué impuestos deberían elevarse o reducirse y quiénes deberían de ser los beneficiarios del gasto público. Sin embargo, como sabemos, recortar los impuestos que afectan a los individuos más pobres o de ingresos medios y sus familias es normalmente más estimulante que reducir impuestos a las corporaciones y a los ricos. Igualmente, el gasto del gobierno en las personas pobres y las clases medias es más estimulante que gastarlo en las corporaciones y en los ricos. Y es que, discutir y votar políticas fiscales en términos de agregados de impuestos nos abstrae precisamente de las dimensiones de clase de estas políticas.

Un análisis de clase de la política económica revela que sus objetivos incluyen mucho más que la resolución de un problema económico inmediato. Las políticas están cuidadosamente seleccionadas y dirigidas para dejar intacta la estructura empresario-empleado y, de este modo, mantener inalterado el sistema económico. Exponer este sesgo puede enriquecer todas las discusiones políticas abriéndolas a opciones que ahora se mantienen fuera del debate social y mediático. De este modo, un cambio sistémico puede adquirir cierta perspectiva, abordando de otra forma la solución de los problemas que afligen al sistema económico. Dada la acumulación de problemas que enfrenta el capitalismo global en la actualidad, precisamos discutir de forma enriquecedora sobre las alternativas a este sistema irracional desde cualquier perspectiva.

La verdad sobre los mercados, el pilar de la ideología capitalista

«Con el capitalismo hundiéndose en problemas cada vez más profundos, es tiempo de derribar falsos dioses como parte del proceso de encontrar nuestro camino a unas mejores instituciones, y de hecho a un mejor sistema»

Expresiones tales como «mecanismos de mercado» y «soluciones de mercado», son empleadas por políticos, burócratas, comentaristas mediáticos, y académicos como si fuesen de algún modo política e ideológicamente neutrales, por encima del partidismo. No lo son. O como si fueran excepcionalmente justos y óptimamente eficientes, que tampoco lo son. El mercado es sólo otra institución humana inventada y reinventada periódicamente a lo largo de la historia humana. Igual que otras instituciones, los mercados estaban estrictamente regulados o completamente excluidos cuando las comunidades humanas rechazaban sus resultados como socialmente inaceptables. Filósofos como Platón y Aristóteles compartían profundas críticas de los mercados y debatieron sobre los esfuerzos para excluirlos o regularlos. Muchos más críticos y polemistas les siguieron, enriqueciendo así la tradición de las críticas al mercado.

Los mercados constituyen una forma de distribuir bienes y servicios desde los productores a los consumidores. Se crean cuando las divisiones del trabajo se dan en las comunidades, en vez de tener a cada persona o familia produciendo todo lo que consumen. Los mercados implican intercambios *quid pro quo* entre aquellos que buscan vender y aquellos otros que buscan comprar bienes y servicios. Por supuesto, las alternativas a los mercados siempre existieron y también existen ahora. Consejos de ancianos, jefes, autoridades de gobiernos locales, autoridades religiosas, y varias tradiciones culturales, conjuntamente o de forma separada, han distribuido productos de los productores a los consumidores, decidiendo según las necesidades. Tradicionalmente, en el interior de los hogares y las familias, las reglas de patronazgo, incluyendo el patriarcado y el matriarcado, han organizado la distribución de bienes de productores a consumidores.

El mecanismo de mercado es muy simple: la gente con deseos o demandas entra en relación con personas que posee los bienes o servicios. Los propietarios disfrutan del derecho de vender lo que poseen si aquellos que lo desean -compradores potenciales- ofrecen a cambio algo que el vendedor busca adquirir. Los dos poseedores, uno en cada lado del intercambio, negocian o acuerdan los términos precisos del intercambio: qué cantidad de un elemento iguala a la cantidad del otro elemento que está siendo intercambiado. Cuando se alcanza una ratio de intercambio (un precio) que ambas partes aceptan, se realiza el intercambio. El mercado queda de este modo «despejado». Ha distribuido de forma exitosa los bienes y servicios a los consumidores. Sin embargo, el problema con el sistema de distribución de mercado aparece de inmediato cuando los vendedores y los compradores llegan con planes muy diferentes para lo que tienen que vender y lo que desean comprar. Si, por cualquier razón, los compradores buscan adquirir 100 de cualquier elemento mientras que los vendedores tienen sólo 50, los mercados responderán de una forma muy específica.

Suele decirse que existe una «escasez» del elemento en cuestión; es decir, la demanda del elemento excede su provisión en el mercado. Entonces, los compradores de forma inmediata compiten por el elemento con poco suministro, pujando hacia arriba con los precios que pueden ofrecer. Mientras los precios aumentan, los compradores más pobres abandonarán el proceso ya que no pueden permitirse unos precios más elevados. Si, no obstante, los precios continúan creciendo, los compradores que tienen un poco más de poder adquisitivo también abandonarán el proceso porque ellos tampoco pueden permitirse la subida de precios. Al final, el número de compradores está por debajo de 50, se declara que la escasez ha terminado, y el precio se estabiliza a cualquier nivel superior que sea necesario para igualar la demanda a la oferta. Como sabemos, exactamente ocurre lo contrario cuando la demanda es menor que la oferta.

El mecanismo de mercado, por lo tanto, distribuye cualquier artículo en oferta relativamente escasa (escasa en relación con la demanda) de una manera que discrimina a quienes tienen poca o ninguna riqueza en relación con los ricos. Los mercados de ningún modo son neutrales o están «por encima» de los conflictos entre los ricos y los pobres. Por supuesto, el vendedor en este caso podría haber optado por no subir los precios y, en su lugar, producir o pedir más productos para vender. Sin embargo, el capitalismo de libre empresa deja en las manos de los empresarios (menos del 1 por ciento de la población) la decisión de responder a las escaseces en el suministro elevando los precios (originando inflación) o elevando la producción. Los empresarios toman su decisión basándose en qué beneficios van a ganar o proteger de esta manera. Mientras tanto, el resto de nosotros vive con las consecuencias de su decisión. En estos días los empresarios parecen estar beneficiándose de la inflación.

Los defensores de los mercados argumentan que el aumento del precio es la forma en que el mercado «señala» a los productores que fabriquen más para que puedan aprovechar las altas ganancias generadas por los precios elevados de los productos. Sin embargo, esta característica de «señalización» es bien conocida por todos los empleadores. Saben que, si respondieran a las señales produciendo u ordenando más, los altos precios y las ganancias que están disfrutando desaparecerían rápidamente. Por lo tanto, los empleadores en general no tienen ninguna urgencia por aumentar la producción. Y a medida que los precios altos proliferan en el sistema de mercado, más y más vendedores comienzan a explicar y excusar el aumento de sus precios porque sus «costos han aumentado». Dicho taxativamente, mientras los empresarios usan los «mecanismos de mercado» exclusivamente en su beneficio, al resto de nosotros se nos impone la implacable inflación.

Los capitalistas aprendieron hace mucho tiempo que podían beneficiarse manipulando la demanda y la oferta para crear y sostener «escaseces», permitiéndoles de ese modo obtener precios más elevados. Adicionalmente, el capitalismo creó una vasta industria publicitaria para impulsar la demanda por encima de lo que podría estarlo de otro modo. Al mismo tiempo, cada industria se organizó para controlar el suministro (a través de acuerdos informales entre productores, fusiones, oligopolios, monopolios y cárteles). En

otras palabras, las condiciones sociales y los cambios más allá del control de los capitalistas requieren que ellos ajusten constantemente sus manipulaciones de la demanda y la oferta. En realidad, los mercados son instituciones útiles para ser manipuladas por los capitalistas en beneficio propio. Sin embargo, ideológicamente, los capitalistas y los niveladores mediáticos ofrecen una imagen de los mercados como la única vía hacia la eficiencia y el beneficio social en su conjunto.

Buscar, encontrar, y aceptar una oferta de trabajo también está controlado por los mercados en el capitalismo tardío. Si las personas de clase trabajadora que buscan empleo superan los trabajos disponibles, los empresarios pueden bajar los salarios sabiendo que la gente desesperada a menudo aceptará retribuciones más bajas que arriesgarse a quedarse sin sueldo. Este proceso ha ido tan lejos reiteradamente que no ha dejado de provocar contragolpes por parte de los trabajadores. Estos, exigieron y ganaron un salario mínimo protegido por la ley. La mayoría de los empresarios lucharon y se opusieron a las leyes de salario mínimo y, una vez que estas leyes se implementaron, la mayoría de los empresarios se resistieron a elevar el salario mínimo, a menudo con éxito. El salario mínimo federal en Estados Unidos de 7,25 dólares la hora fue elevado por última vez en 2009. Los empresarios también apoyan la automatización (reemplazando empleos con máquinas), deslocalizando empleos en otros países, y trayendo trabajadores migrantes. Estos pasos implican diferentes niveles de manipulaciones de la oferta y demanda del mercado de trabajo con el fin de ralentizar, detener, o revertir aumentos en los salarios. Dicho de otro modo, los empresarios manipulan los mercados laborales, como los mercados de productos, en beneficio propio.

Otro mercado se encarga de los préstamos. Los prestamistas y los prestatarios negocian una tasa de interés que pueden acordar para permitir que se otorgue el crédito y se incurra en la deuda correspondiente. En estos días el banco central de Estados Unidos, la Reserva Federal o FED, está aumentando los tipos de interés para frenar o revertir la inflación que fracasó en evitar o ralentizar el año pasado. Sin embargo, estas medidas conllevan un aumento de los costes de todos los préstamos (para hipotecas, préstamos para adquirir coches, tarjetas de crédito, etc.). Una vez más, las clases sociales más pobres sufren más, seguidas por las clases medias. Las tasas de interés más altas es probable que perturben menos a los ricos. De hecho, las clases elitarias, que suelen ser prestamistas en muchos casos, tienden a beneficiarse de las tasas de interés más altas.

La Reserva Federal podría haber presionado al presidente Joe Biden para que imitara al presidente Richard Nixon, quien en el año 1971 impuso una congelación de precios y salarios para detener la inflación en aquel momento. Nixon adoptó una serie de medidas por decreto con el fin de asegurarse de que el mercado no fuera capaz de influir y establecer precios por un tiempo. Implementar estas políticas de nuevo sería como mínimo menos discriminatorio contra los pobres y las clases medias, en lugar de proteger a los ricos. Uno podría haber esperado esto por parte del gobierno Biden, que controla ambas cámaras del Congreso, pero el fetichismo de mercado y el pensamiento y las políticas neoliberales parecen gobernar en ambas, el Senado de Estados Unidos y la Cámara de Representantes.

La propia clase empresarial a menudo suspende y desplaza a los mercados. Cuando la rentable manipulación de los mercados se vuelve demasiado costosa, los capitalistas a menudo se fusionan o se absorben unos a otros. Entonces, las relaciones de mercado externas (a cada empresa) desaparecen y, en su lugar, la producción y distribución de bienes y servicios interna (a la empresa) planificada directamente ocurre sin intercambios.

Los mercados existieron mucho antes que el capitalismo, pero el capitalismo, como observó Karl Marx, los hizo ubicuos, casi universales. El sistema capitalista también alzó y encumbró los mercados (y sus precios) para darles una importancia ideológica, que se inclina hacia el absurdo. Como R.H. Tawney mostró de forma tan brillante en su *Religion and the Rise of Capitalism*², el capitalismo europeo temprano tuvo que luchar duro para desplazar la noción de un precio «justo» heredada de la Iglesia católica medieval. El precio «justo» -de acuerdo con las leyes de Dios y las enseñanzas de Cristo como eran interpretadas por la Iglesia- discrepaba a menudo del «precio de mercado» que equilibraba oferta y demanda. Para ganar en esa lucha, los defensores del capitalismo encontraron útil construir un tipo de religión secular en torno a los mercados y sus precios en equilibrio, atribuyéndoles cualidades divinas de eficiencia, imparcialidad, y otros atributos similares. Sin embargo, mientras el capitalismo se hunde en problemas cada vez más profundos, es tiempo de derribar a los falsos dioses como parte del proceso de encontrar nuestro camino hacia mejores instituciones, y de hecho hacia un mejor sistema.

Hay mejores formas para que las sociedades aborden la inflación que subiendo las tasas de interés

«Como es habitual, las preocupaciones en la búsqueda del mayor beneficio de los grandes negocios y su resultado -una amnesia histórica especialmente selectiva- dan impulso al silencio respecto a políticas alternativas contra la inflación. También lo hacen las anteojeras ideológicas de derecha que ahora restringen la política de Estados Unidos. Sin embargo, las alternativas políticas siempre existen, no importa cómo los devotos promuevan desesperadamente una política que busca anular el debate y la discusión de otros... Presentaré tres políticas alternativas en contra de la inflación que no implican una subida de los tipos de interés -hay muchas más- que podrían y deberían ser parte de las discusiones políticas de hoy. Todas tienen precedentes en la historia de Estados Unidos».

Un silencio ensordecedor define los «debates» entre los líderes estadounidenses sobre cómo detener o frenar la inflación actual. Se ignoran las alternativas al aumento de las tasas de interés de la Reserva Federal y la reducción del crecimiento de la oferta monetaria. Es como si no hubiera otra forma de frenar los aumentos de precios excepto agregar más costos de interés a las ya excesivas deudas de los trabajadores y las pequeñas y medianas empresas. ¿Los

² Hay edición en español, *La religión en el origen del capitalismo*, Editorial Dedalo, Buenos Aires.

últimos dos años y medio de la pandemia mortal de COVID-19 más el colapso económico de 2020 no han sido suficientes cargas para los estadounidenses que ahora además deben soportar la carga adicional de la inflación que ha impuesto el capitalismo estadounidense?

Como es habitual, las preocupaciones motivadas por la ganancia de los grandes negocios y su resultado -una amnesia histórica extraordinariamente selectiva- impulsan el silencio respecto a políticas alternativas contra la inflación. También lo hacen las anteojeras ideológicas de derecha que ahora restringen la política estadounidense. Sin embargo, las alternativas políticas siempre existen, no importa cómo los devotos desesperadamente promuevan una política que busca anular el debate y la discusión de otros. El estrecho dogmatismo de la política estadounidense estos días está a la vista de todos en torno al tema de una política contra la inflación centrada en elevar las tasas de interés.

En este sentido, ofreceré tres estrategias políticas contra la inflación que no implican aumentos de la tasa de interés -hay muchas más- que podrían y deberían ser parte de las discusiones políticas de hoy. Todas tienen precedentes en la historia de Estados Unidos. En primer lugar, volvamos brevemente a la Segunda Guerra Mundial. La administración del presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt entendió el riesgo de inflación durante este periodo, ya que el suministro de muchos bienes de consumo se redujo con respecto a la demanda de éstos. El esfuerzo de guerra fue desviando muchos recursos productivos reorientándolos de los bienes de consumo hacia las municiones y otros medios de defensa. Si el gobierno hubiera permitido al mercado controlar la posible escasez de bienes de consumo, habría conllevado una inflación de los precios. Los americanos ricos podrían haber aumentado los precios de los bienes de consumo escasos, dejándolos fuera del alcance de las personas de ingresos medios y bajos. Así funcionan los mercados. Favorecen a los ricos (quienes devuelven el favor financiando a economistas y a otros que promoverán los mercados como maravillas de la «eficiencia»).

Sin embargo, para el gobierno de Roosevelt, el esfuerzo de guerra requería una unidad nacional que el mercado amenazaba con reemplazar con amargura, envidia y división, enfrentando a los pobres y las clases medias contra los ricos. El gobierno de Estados Unidos de este modo sustituyó el mecanismo de mercado por el racionamiento. Imprimió cartillas de racionamiento que contenían cheques y los distribuyeron entre la población estadounidense. Los bienes racionados sólo podían ser vendidos a aquellos que tuviesen cupones de racionamiento. No es una simple ironía (al menos para aquellos familiarizados con el marxismo y el socialismo) que, de un lado, el gobierno estadounidense distribuyera cartillas de racionamiento según las necesidades de la gente y, de otro, que el objetivo explícito del gobierno estadounidense fuera realizar la distribución de bienes racionados (y especialmente la comida) «de forma más justa» que lo que habría hecho el mercado. Este sistema de racionamiento impidió una inminente y dramática inflación. Y de la misma forma que funcionó en el pasado, podría funcionar actualmente con el fin de ralentizar o detener la escalada de precios.

Otra política contra la inflación, diferente a la convencional basada en elevar las tasas de interés, apareció en agosto de 1971 y fue impulsada por el presidente republicano

Richard M. Nixon. En respuesta a una seria inflación, Nixon declaró una «congelación de precios y salarios» de 90 días. Tanto el presidente como sus asesores sabían que los controles de precios y salarios también se utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial. Algunos incluso habían leído el libro de John Kenneth Galbraith de 1952, *A Theory of Price Control*, que mostraba lo bien que estos controles habían funcionado durante la guerra. Como resultado de las acciones de Nixon, a los empresarios por un lado y a los empleados por el otro les fue formalmente denegado el derecho a elevar precios o salarios, respectivamente. Cualquier movimiento contrario era visto como un acto criminal, dejando al infractor sujeto a un arresto policial. En respuesta a estas medidas, la inflación se redujo, el mercado de valores creció, y Nixon fue reelegido en 1972. Otros países también impusieron congelaciones de salarios y precios con efectos similares.

Cada alternativa política para controlar la inflación (incluyendo la subida de tipos de interés) tiene sus particulares fuerzas y debilidades, virtudes y defectos. Sin duda, discutir honestamente sobre cómo responder a la inflación debería implicar la comparación de las fuerzas y debilidades de todas -o al menos de muchas y diferentes- opciones políticas. De ese modo, los líderes nacionales honestos no podrían fingir que sólo existe una alternativa política. Este enfoque -dominante en Estados Unidos hoy- cede a ambos errores políticos y deja que se pierdan oportunidades cruciales. Lo que sí hace, sin embargo, es servir a los intereses de aquellos que defienden esta política de talla única.

Existe una tercera política alternativa al control de la inflación como un riesgo inherente que enfrenta recurrentemente un sistema capitalista de empresa privada. Si la ganancia es el «resultado final», si el mantra del sistema es «cobrar lo que el mercado soporte», y si las recompensas y los castigos siguen al aumento y la caída de las ganancias que dependen de los precios, difícilmente podremos sorprendernos cuando los capitalistas suban los precios. Tampoco podremos sorprendernos de que cuando lo hagan, esto provoque y ofrezca pretextos a otros para hacer lo mismo. La inflación es el resultado de las decisiones de fijación precios de los capitalistas privados. Están motivados principalmente por sus cálculos de beneficio propio; no necesitan y generalmente no toman en cuenta las consecuencias que conllevan sus decisiones (tanto sociales como económicas) como, por ejemplo, la inflación.

La socialización de las empresas capitalistas privadas es, pues, otra política antiinflacionaria. Un gobierno, por ejemplo, generalmente considerará las consecuencias inflacionarias de cualquier conjunto de aumentos de precios. Sobre esa base, puede limitarlos o rechazarlos. En la medida en que el gobierno rinda cuentas políticamente por la inflación y sus efectos, tiene un incentivo para controlarlos. La Fed es, en el mejor de los casos, responsable sólo de forma indirecta. Esto ayuda a explicar por qué la Fed ha fallado repetidamente en evitar o controlar las recesiones e inflaciones a lo largo del pasado siglo. Por supuesto, tal socialización de las empresas capitalistas privadas plantea la cuestión de cuán genuinamente democrático es el gobierno. Sin la menor duda, el grado de democracia que defienda el gobierno influirá en todas las políticas antiinflacionarias alternativas.

En los Estados Unidos, las comisiones reguladoras de seguros, suministros y otros servicios limitan la libertad de las empresas privadas capitalistas para elevar sus precios en los mercados que regulan. Los capitalistas privados, en tales mercados, no pueden subir los precios sin el permiso de esas comisiones. Así, un gobierno podría establecer todo tipo de comisiones en todo tipo de mercados, con criterios para conceder o rechazar estos permisos. Supongamos, por ejemplo, que algunos o todos los alimentos se consideraran socialmente (democráticamente) bienes básicos, de modo que ningún productor o vendedor pudiera aumentar sus precios sin la aprobación de una comisión federal de alimentos. La lucha contra la inflación podría estar entre los criterios de aprobación en este caso (de la misma manera en que ahora es un criterio para las políticas monetarias de la Fed).

En la mayoría de las economías capitalistas, la pequeña clase de empresarios (quizás el 1 por cien de la población total) tiene poderes enormes. Esa clase, en primer lugar, determina los niveles de sueldos y salarios de sus trabajadores contratados; segundo, determina las cantidades de todos los insumos adquiridos y de todas las cantidades producidas y, en tercer lugar, establece los precios de las cantidades producidas. Esa minúscula clase elitaria incluye a muchos empresarios que justifican sus incrementos de precios debido a la subida de los costes de insumos elevados por otros empresarios a lo largo de toda la cadena de suministros. Sagazmente, los miembros más inteligentes de la clase de empresarios culpabilizan de los aumentos de los precios a los trabajadores y a sus «elevados» salarios, incluso cuando, como ahora, la inflación de los salarios es mucho más baja que la inflación de los precios.

Por supuesto, las comisiones que gobiernan los precios pueden ser y han sido «capturadas» por las industrias a las que se les encomendó controlar. Los capitalistas privados de este modo han sido capaces de debilitar, desarmar, o incluso eliminar los controles sobre ellos. Mientras que esto es, en efecto, cierto con las muchas comisiones de seguros y suministros a nivel estatal, por ejemplo, no es menos cierto en lo que se refiere a la Fed frente a los bancos más importantes de la nación. Los sistemas de racionamiento y las congelaciones de salarios y precios pueden asimismo ser capturadas. Históricamente, las estafas en los precios y la corrupción de las industrias capitalistas privadas han provocado una y otra vez demandas públicas para que sus negocios sean transferidos a la administración gubernamental. Sin embargo, el motor capitalista del beneficio siempre creciente incentivó entonces a las industrias afectadas para «capturar» los órganos de gobierno encargados de controlarlas.

La solución a esta contradicción inherente del capitalismo seguro que no es una infinita serie de oscilaciones entre el control privado y el público. Eso es lo que ha fallado en el sistema capitalista de forma reiterada. Más bien, la solución alternativa que llama nuestra atención es un cambio de sistema, otorgando a todos los trabajadores el control democrático de las empresas (en lugar de una minúscula clase empresarial). Un sistema basado en una comunidad democrática en el lugar de trabajo que dependiera mutuamente de una comunidad residencial democrática ofrecería una forma mucho mejor de impedir, y no simplemente de «gestionar», las inflaciones y las recesiones.